CAPITULO XV

GENTE DISTINGUIDA

Las salas de recepción del director de las Regiones Altas, hubieran parecido asombrosamente intrincadas á Graham, á entrar de pronto inmediatamente después de su vida del siglo XIX, pero ya se iba acostumbrando al nuevo estado de cosas. Apenas puede describírselas como salas y gabinetes, en vista del complicado sistema de arcadas, pasajes y galerías que dividían y unían las diferentes partes del inmenso local. Pasó á través de los ya familiares lienzos movibles de pared hasta un descansillo en lo alto de una escalera de anchos y suaves peldaños, con hombres y mujeres vestidos con la mayor brillantez, que bajaban y subían. Desde su altura divisó intrincados adornos de colores en mate, blanco, malva y púrpura; y muchos puentes que parecían hechos de porcelana y filigrana, terminando en los extremos en un brumoso misterio de perforados biombos.

Mirando hacia arriba, vió hilera sobre hilera de ascendentes galerías y en ellas rostros inclinados hacia él. El aire estaba lleno del murmullo de innumerables voces y de una música que descendía de lo alto, una alegre y riente música cuyo origen no pudo distinguir.

La nave central estaba llena de gente, pero por ningún concepto apiñados ó incómodos; y sin embargo había millares de personas. Iban brillante, casi fantásticamente vestidos; los hombres tan caprichosos como las mujeres, pues la sobria influencia de los puritanos sobre la dignidad de la indumentaria masculina había pasado hacía mucho tiempo. El cabello de los hombres, también, aun cuando rara vez se sacaba largo, se rizaba generalmente según el criterio del peluquero, y la calvicie había desaparecido de la tierra. Abundaban las masas de bucles

que hubiesen encantado á Bossetti, y sobre todo llamaba la atención un caballero presentado á Graham con el misterioso título de «Un amoroso», el cual lucía su cabello en dos grandes pliegues *á la Marguerite*. La coleta estaba en su apogeo; los ciudadanos chinos verdaderamente no debían avergonzarse ya de su raza. Había poca uniformidad en las modas, aparentemente. Los hombres mejor formados, mostraban su simetría con el calzón corto, y se veían gorgueras, y aquí y allá una túnica. La moda de los tiempos de León X era quizás la que más prevalecía, pero asimismo eran patentes las estéticas concepciones del extremo Oriente. La obesidad masculina, que, en la época victoriana, había estado sujeta á los peligros de un estrecho abotonamiento, á la rutinaria exageración de un pantalón estrecho y un frac ceñido, era ahora la base de una riqueza de dignidad y flotantes pliegues. Abundaba asimismo la graciosa esbeltez. A Graham, un hombre típicamente serio de una época típicamente seria, no solamente le parecieron aquellos hombres demasiado afectados en su persona, sino exageradamente mímicos en sus vivas y expresivas fisonomías. Gesticulaban, expresaban sorpresa, interés, jovialidad, sobre todo, y expresaban las emociones excitadas en su espíritu por las damas que tenían junto á ellos, con una asombrosa franqueza. A la primera ojeada se venía en conocimiento de que las mujeres estaban en gran mayoría.

Las damas allí reunidas desplegaban en sus trajes, porte y maneras, menos énfasis que los hombres y más embrollo. Una afectaba cierta clásica sencillez de ropa y corte, á la manera del primer imperio francés, y mostraba brazos y espaldas de irresistible morbidez. Otras llevaban trajes exageradamente ceñidos, sin cinturón. Las deliciosas confidencias de los trajes de *soireé* no se habían extinguido por el paso de dos siglos.

Todos los movimientos parecían graciosos. Graham dijo á Lincoln que veía andando hombres como los cartones de Rafael, y Lincoln le dijo que la enseñanza de una apropiada serie de posturas formaba parte de la educación de la gente rica. La entrada del Amo fué saludada con una especie de discreto aplauso, pero aquella

gente demostró sus distinguidas maneras no agrupándose en torno suyo ni molestándole con un persistente examen, al descender las escaleras hacia la nave.

Sabía ya por Lincoln que aquellas personas formaban la flor y nata de la buena sociedad de Londres; casi todos los que estaban allí eran, ó altos empleados, ó parientes cercanos de altos empleados. Muchos habían venido de las Ciudades de Placer europeas con el exclusivo objeto de cumplimentarle. Las autoridades aeronáuticas, cuya defección tanta importancia había tenido en la caída del Consejo, seguían en categoría á Graham, como asimismo los miembros de la Administración de las Regiones Altas. Había también altos oficiales de la Compañía de Alimentación. El administrador de las Alfarerías Europeas que tenía un aspecto particularmente melancólico é interesante, y unas maneras refinadamente escépticas. Un obispo, con sus sagradas vestiduras, pasó por delante de Graham, y se detuvo á hablar con un caballero, ataviado con el traje del tradicional Chaucer, incluso la corona de laurel.

—¿Quién es?—preguntó casi involuntariamente.

—El obispo de Londres—contestó Lincoln.

—No... quiero decir el otro.

—Un poeta laureado.

—¿Ustedes aun?...

—No escribe poesías, naturalmente. Es primo de Wotton... uno de los consejeros. Es, además, uno de los socios de «Realistas de la Rosa Encarnada»... un club delicioso... y allí conservan la tradición de estas cosas.

—Asano me ha dicho que había un rey.

—No pertenece ya. Le tuvieron que expulsar. Es de la sangre de los Estuardos, creo; pero verdaderamente...

—¿Tanto?

—Un poco demasiado.

Graham no siguió enteramente todo esto, pero parecía formar parte de la inversión general del nuevo siglo. Saludó complacientemente en esta primera presentación. Era evidente la sútil distinción de clases que persistía aún, pues tan sólo un corto número de personas le fueron presentadas por Lincoln. El primero que tuvo este honor

fué el aeronauta Jefe, un hombre cuyo curtido rostro contrastaba extrañamente con los delicados semblantes que le rodeaban. En los presentes momentos, su oportuna traición al Consejo había hecho de él un personaje eminente.

Sus maneras contrastaban asimismo, favorablemente, según las ideas de Graham, con el porte general. Hizo algunas observaciones de rúbrica, hizo constar su lealtad, y preguntó francamente por la lealtad del Amo. Sus maneras eran sobrias, su acento falto del cómodo dejo del inglés de aquel siglo. Hizo comprender admirablemente á Graham que él era un «perro aéreo»—esta fué su frase—que en él no había pamplinas, que era un hombre muy hombre y chapado á la antigua, que no se jactaba de saber mucho, y que no quería saber lo que no era digno de saberse. Hizo una digna cortesía, marcadamente libre de adulación, y se retiró.

—Me alegro de que el tipo se conserve aún—dijo Graham.

—Fonógrafo y cinematógrafo—dijo Lincoln un poco despechado.—Ha estudiado bien la vida.

Graham miró de nuevo la voluminosa figura. Le traía á la mente extrañas reminiscencias.

—Naturalmente, nosotros le compramos—dijo Lincoln. —En parte. Y en parte temía á Ostrog. Todo dependía de él.

Volvióse en seguida para hacer la presentación del Inspector general del *Trust* de Escuelas públicas. Este personaje tenía un color aceitunado, y vestía un ropaje académico, color gris azulado, y miró á Graham á través de unos lentes de forma victoriana, ilustrando sus observaciones con movimientos de una mano perfectamente cuidada. Graham se interesó inmediatamente en las funciones de aquel caballero, y le hizo cierto número de preguntas singularmente directas. El Inspector general, parecía un tanto entretenido por la fundamental ignorancia del Amo. Divagó un tanto acerca del monopolio de la educación que su Compañía poseía; se tenía en virtud de contrato con el Sindicato que entendía en las numerosas municipalidades de Londres, pero se extendió,

entusiasmado, en los progresos educativos conseguidos desde los tiempos victorianos.

—Hemos mencionado á Cram—dijo,—vencido completamente á Cram... no hay ya un examen en el mundo. ¿No está usted contento?

—¿Y cómo disponen ustedes el trabajo?—preguntó Graham.

—Lo hacemos atractivo... lo más atractivo posible. Y si no atrae... lo dejamos ir. Cubrimos un inmenso campo.

Pasó á los detalles y tuvieron una larga conversación. El Inspector general mencionó los nombres de Pestalozzi y Froebel con profundo respeto, aunque no demostró intimidad con sus obras, que formaron época. Graham supo que existía la Universidad en una forma modificada.

—Existe un cierto tipo de muchacha, por ejemplo—dijo el Inspector general, dilatándose ante el sentimiento de su utilidad,—que tiene pasión por los estudios serios... cuando no son muy difíciles, ya comprenderá usted. En este momento—dijo con napoleónica inflexión,—cerca de quinientos fonógrafos están explicando en diferentes partes de Londres, sobre la influencia ejercida por Platón y Swift en los asuntos amorosos de Shelley, Hazlit y Burus. Y después los alumnos escriben ensayos sobre las explicaciones, y los nombres, por órden de mérito, se ponen en lugares distinguidos. ¿Ve usted cómo ha retoñado su pequeño germen? La iletrada clase media de sus días se ha extinguido.

—¿Y sobre las escuelas elementales públicas?—preguntó Graham.—¿Las manejan ustedes?

—Enteramente.

Graham, en sus últimos democráticos días, había tomado gran interés en esta y otras cuestiones. Ciertas casuales frases que el viejo parlachín le había dicho aquella noche, acudieron á su memoria. El Inspector general, en efecto, respaldó las palabras del anciano.

—Hemos abolido á Cram—dijo; una frase que Graham interpretaba como la abolición de todo trabajo sostenido. El Inspector general se puso sentimental.—Hemos tratado de hacer, y lo hemos conseguido, las Escuelas elementales, lugares placenteros para los niños. Demasiado pronto tendrán que trabajar. Nada más que unos cuantos sencillos principios... obediencia... trabajo.

—¡Les enseñan ustedes poco!

—¿Para qué más? Eso no conduce más que á turbación y descontento. Les entretenemos y aun así y todo... siempre hay disconformidades... agitaciones. Dónde adquieren ideas los obreros, no sabré decir. Ya las comunican unos á otros. Y hay sueños socialistas... hasta anarquistas. Los agitadores trabajan entre ellos. Yo he pensado, y lo pienso siempre, que mi principal deber es no luchar con el descontento popular. ¿Por qué hacer infeliz al pueblo?

—En efecto—dijo Graham pensativo.—Pero hay muchas cosas que necesito saber.

Lincoln, que había estado observando el rostro de Graham durante la conversación, intervino.

—Quedan otros—dijo con voz baja.

El Inspector general se alejó gesticulando.

—¿Quizás—dijo Lincoln interceptando una mirada casual;—le gustaría á usted conocer á algunas de estas señoras?

La hija del Director de los Palomares de la Compañía de Alimentación, era una criatura particularmente encantadora, de rojiza cabellera y animados ojos azules. Lincoln se apartó unos momentos dejándole con ella, y la joven demostró un gran entusiasmo por aquél «querido tiempo viejo», como lo llamaba, que había presenciado el comienzo de su letargo. Hablando y sonriendo, sus ojos sonreían de un modo que demandaba la reciprocidad.

—He tratado—dijo—innumerables veces, de imaginarme aquellos antiguos románticos días. Y usted los tendrá en la memoria... ¡Cuán extraño poblado debe parecerle á usted el mundo! Yo he visto fotografías y retratos del mundo antiguo, las pequeñas casas aisladas construídas de ladrillos hechos con barro cocido, y todo negro con el humo de sus fuegos, los puentes de los caminos de hierro, los sencillos anuncios, los solemnes hombres con extraños trajes blancos y aquellos sombreros altos, caminos de hierro, caballos y carneros y hasta perros corre-

teando por las calles... ¡Y repentinamente ha venido usted á esto!

—¡A esto!—repitió Graham.

—Fuera de su vida... fuera de todo lo que le era familiar.

—La antigua vida no era de lo más feliz—dijo Graham.—No la hecho de menos.

Ella le miró vivamente. Hubo una breve pausa. Suspiró animosa.

—¿No?—dijo.

—No—contestó Graham.—Era una vida pequeña... insignificante. Pero ésta... Nosotros creíamos el mundo bastante poblado y civilizado. Sin embargo, veo... aun cuando en este mundo apenas cuento cuatro días... volviendo la vista á mi tiempo, que era un tiempo grosero y bárbaro... el nuevo comienzo de esta nueva época. Le será á usted difícil comprender lo poco que sé.

—Puede usted preguntarme lo que guste—dijo la joven sonriendo.

—Pues dígame usted quiénes son esas personas. Estoy aun á oscuras acerca de ellas. Es asombroso. ¿Hay muchos generales?

—¿Hombres con sombreros y patillas?

—Naturalmente, no. No. Supongo que son los hombres que administran los grandes servicios públicos. ¿Quién es aquel señor de aspecto distinguido?

—¿Aquel? Un alto empleado. Se llama Morden. Es el director gerente de la Compañía de Píldoras antibiliosas. He oído decir que su fábrica produce una miriada de miriadas de píldoras en un solo día. ¡Imagine usted una miriada de miriadas!

—Una miriada de miriadas. No me admira que parezca orgulloso—dijo Graham.—¡Píldoras! ¡Qué admirables tiempos! ¿Y aquel de púrpura?

—No es precisamente de nuestro círculo. Pero le estimamos. Es verdaderamente listo y muy divertido. Es uno de los próceres de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad de Londres. Como usted sabe, todos los médicos son accionistas de la Compañía de la Facultad

de Medicina y visten la púrpura. Naturalmente, gentes á quienes se paga por hacer algo...

Y sonrió ante las pretensiones sociales de semejante gente.

—¿Tienen ustedes muchos grandes artistas y autores aquí?

—Autores no. Son unos seres tan raros... y tan preocupados de sí mismos. ¡Y disputan tan terriblemente! ¡Son capaces de reñir por bajar delante una escalera! ¿No es esto espantoso? Pero creo que Wraysbury, el capilotomista á la moda, está aquí. Viene de Capri.

—¡Capilotomista!—dijo Graham.—¡Ah... ya recuerdo! ¡Un artista! ¿Y por qué no?

—Tenemos que cultivar su trato—dijo ella en tono de excusa.—Le confiamos nuestras cabezas...

Sonrió.

Graham vaciló ante la invitación de un cumplimiento, pero su mirada fué expresiva.

—¿Ha progresado el arte con el resto de las cosas civilizadas?—preguntó.—¿Quiénes son sus grandes pintores?

Le miró dudosamente. Después se rió.

—Por un momento—dijo—creía que quería usted significar...—Se rió de nuevo.—¿Usted quiere hablar, por supuesto, de aquellos buenos artistas que ustedes tenían en tanto porque cubrían grandes espacios de lienzo con colores al óleo? Y los aficionados ponían esos lienzos en marcos y los reunían en aposentos. Ya no tenemos. La gente se ha cansado de esas cosas.

—¿Pues qué creía usted que quería decir yo?

La joven puso significativamente un dedo en la mejilla, cuyo rosado matiz estaba sobre toda sospecha, y sonrió; una sonrisa preciosa é incitante.

—Y aquí—dijo indicando un párpado.

Graham tuvo un momento aventurado. Después una grotesca memoria de un cuadro que había visto en alguna parte, del *Tío Tobías y la Viuda*, pasó por su memoria. Un intenso rubor se apoderó de él. Se percató de que era el centro de mira de innumerables ojos.

—Comprendo—dijo. Volvió los ojos de aquella tentadora facilidad. Miró en torno suyo para encontrar una

porción de ojos que inmediatamente se fijaron en otras cosas. Es muy posible que se pusiese encarnado.

—¿Quién es aquel que habla con esa señora de amarillo?—preguntó evitando las miradas de su compañera.

La persona en cuestión era uno de los grandes organizadores de teatros en América, que venía recientemente de estrenar en Méjico una gigantesca creación. Su rostro le recordó á Graham los bustos de Calígula. Otro personaje curioso era el Amo del Trabajo Negro. La frase en aquel momento no le produjo gran impresión, pero después la recordó. ¿El Amo del Trabajo Negro? La hija del Director de los Palomares, sin el menor embarazo, le señaló una mujercita encantadora, asegurándole que era una de las esposas subsidiarias del obispo de Londres. Añadió grandes encomios al valor episcopal—hasta aquí había sido una regla la monogamia clerical;—una porción de cosas que no era natural ni progresivo. ¿Por qué restringir el natural desarrollo de los afectos por el mero hecho de que un hombre sea un clérigo?

—Y á propósito—añadió la joven,—¿es usted anglicano?

Graham estaba á punto de hacer vacilantes preguntas acerca de las condiciones de una «esposa subsidiaria,» aparentemente un eufemismo, cuando la vuelta de Lincoln interrumpió esta sugestiva é interesante conversación. Atravesaron la nave dirigiéndose hacia un hombre luciendo ropas escarlata, y dos encantadoras criaturas, que le esperaba con cierta desconfianza. Cumplimentado por ellos, pasó á otras presentaciones.

En un pequeño intervalo sus multiplicadas impresiones empezaron á organizarse en un efecto general. Al principio, el brillo de los congregados había despertado todo el setimiento democrático en Graham; se había sentido hostil y satírico. Pero no es propio de la humana naturaleza el resistir á una atmósfera de cortés atención. Pronto la música, la luz, el juego de colores, los resplandecientes brazos y espaldas que le rodeaban, el contacto de manos, el visible interés de sonrientes rostros, el suave murmullo de moduladas voces, la atmósfera de cumplimiento, interés y respeto, habían contribuído á formar-

le un ambiente de indisputable placer. Graham, por un tiempo, olvidó sus especiosas resoluciones. Se dejó llevar insensiblemente por la embriaguez de la posición que se le concedía, sus maneras fueron menos reservadas, más convenientemente regias, sus pies se asentaban con seguridad, el negro ropaje cayó formando pliegues y el orgullo ennobleció su voz. Después de todo, aquel era un brillante mundo lleno de interés.

Su mirada recorrió, aprobadora, los relucientes colores de la asamblea, y se detuvo aquí y acullá, con bondadosa animosidad, sobre algún rostro. De pronto se le ocurrió que debía una excusa á la amable criatura de rojizo cabello y azules ojos. Se sentía culpable de frialdad. Y repentinamente un pequeño suceso cambió todo el curso de estos brillantes pensamientos.

Miró hacia arriba y vió pasar á lo largo de un puente de porcelana, y mirándole, un rostro que se ocultó casi inmediatamente, el rostro de la joven que había visto en el saloncito detrás del teatro la noche que se fugó de la Casa del Consejo. Y le había mirado con la misma expresión de curiosa incertidumbre, de incierta intensidad. De momento no recordó cuándo la había visto, y al reconocerla, tuvo una vaga memoria de las vivas emociones de su primer encuentro. Pero las bailables melodías que inundaban la nave impedían que acudiese á su memoria la gran marcha del pueblo.

La dama con quien estaba hablando repitió su observación y Graham volvió al casi regio mariposeo en que estaba ocupado.

Pero desde este momento, una vaga inquietud, un sentimiento que llegó al descontento, surgió en su espíritu. Estaba confuso, como por el medio olvidado cumplimiento de un deber, por el sentido de cosas importantes que escapaban de él en medio de la luz y la magnificencia. La atracción que aquellas brillantes damas que le rodeaban había empezado á ejercer sobre él, cesó. Ya no dió vagas y nebulosas respuestas á las sutiles indirectas amorosas que ahora tenía la seguridad que le hacían, y sus ojos ansiaron por la vista de aquel rostro que había interesado con tanta fuerza su sentimiento por lo bello.

Pero no la volvió á ver y bien pronto volvió Lincoln para indicarle que podían retirarse cuando lo tuviese á bien. En contestación á una pregunta suya, Lincoln le prometió que aquella misma tarde navegaría por los aires, si el tiempo lo permitía.

Graham estaba en una de las galerías superiores hablando con una dama de provocativos ojos sobre la Eadhamita, tema escogido por él, no por ella. Había interrumpido sus calurosas protestas de personal devoción con una pregunta discreta. La encontró, como había pasado aquella noche con otras muchas damas, menos bien informada que encantadora. De pronto, luchando con la suave onda de la cercana música, el canto de la Revolución, el gran himno que había oído en el teatro, ronco y macizo, llegó á sus oídos.

Miró hacia arriba, y vió sobre su cabeza un tragaluz á través del cual llegaba el sonido, y más allá, los cables superiores, la bruma azulina y los aparatos de la luz pública. Oyó el sonido degenerar en tumulto y cesar. Pero distinguió perfectamente el movimiento y rumor de las vías movibles y un murmullo de gran multitud. Tuvo la vaga persuasión, que no podía fundamentar, una especie de instintiva convicción, de que fuera, en las calles, una gran muchedumbre contemplaba el lugar en el cual el Amo se divertía. Le hubiera gustado saber lo que pensaban.

Aun cuando el sonido había cesado tan bruscamente, aun cuando la música del interior volvió á sobresalir de nuevo, el motivo del canto popular se fijó en su mente.

La dama de brillantes ojos estaba todavía luchando con los misterios de la Eadhamita, cuando entrevió de nuevo á la joven del teatro. En este momento cruzaba la galería en dirección á él; Graham la vió primero que ella á él. Vestía un traje gris, y le caían los negros cabellos sobre la frente como una nube.

La dama, en sus apuros con la Eadhamita, vió el cambio de expresión en su rostro y aprovechó la ocasión para escapar.

—¿Tendría usted gusto en conocer á esta joven, señor?—preguntó osadamente.—Es Elena Watton... sobrina de Ostrog. Conoce una porción de cosas serias. Es una de las personas más formales del mundo. Tengo la seguridad de que le gustará á usted.

Un momento después estaba Graham hablando con la joven, y la dama de provocativos ojos se había retirado.

—La recuerdo á usted muy bien—dijo Graham.—Estaba usted en el saloncito. Cuando el pueblo estaba cantando y llevando el compás con los pies. Antes de escaparme á través del patio.

El momentáneo embarazo de la joven desapareció. Le miró y su mirada era firme.

—Fué admirable—dijo ella, vaciló, y habló con súbito esfuerzo.—Todo aquel pueblo estaba dispuesto á morir por usted, señor. Y muchísimos murieron aquella noche.

Su rostro se coloreó. Miró en torno suyo para asegurarse de que nadie podía oirla.

Lincoln apareció en un extremo de la galería encaminando sus pasos allí. Le vió la joven y volvióse firmemente á Graham, con un visible cambio de confidencia é intimidad.

—Señor—dijo vivamente,—no puedo hablarle á usted aquí y en este momento. Pero el pueblo es muy infeliz; está oprimido... mal gobernado. No olvide usted al pueblo... que desafió la muerte para que usted viviese.

—Yo no sé nada...—empezó Graham.

—Ahora no puedo decirlo.

El rostro de Lincoln se aproximó. Dió sus excusas á la joven.

—¿Encuentra usted agradable este nuevo mundo, señor?—preguntó Lincoln con sonriente deferencia, é indicando el espacio y esplendor de la asamblea con un gesto.—Como quiera que sea, debe usted encontrarlo cambiado.

—Sí—dijo Graham,—cambiado. Y sin embargo, después de todo, el cambio no es tan grande.

—Espere usted á estar en los aires—dijo Lincoln.—El viento ha calmado; la aeropila espera sus órdenes.

La actitud de la joven esperaba una despedida.

Graham la miró á la faz, iba á hacer una pregunta, pero vió una expresión de aviso en sus ojos, inclinóse y se alejó con Lincoln.